

OBITUARIO

Entre los innumerables datos interesantes que coleccionaba Raúl en su libreta de bolsillo, había uno solo que no entendí. Sucia, amarillenta, con los bordes grises y gastados, nadie hubiera imaginado que en ese diminuto y aparentemente insignificante objeto, Raúl pudiera anotar todo cuanto despertaba su interés. La lista de compras del día siguiente, las canciones que le gustaban más, sus compañeros de curso, los bueyes que tiraban la carreta de sus padres, la selección de fútbol que obtuvo el tercer lugar en el campeonato mundial de 1962, nada faltaba en su libreta. En el pueblo se decía que estaba embrujada; solo así podían entender que Raúl siempre dispusiera de espacio para agregar más y más cosas,

Los números ocupaban un lugar preferente en la libreta. Los había por miles: los ganadores de la lotería, los teléfonos de sus amigos, el número pi con dos mil decimales, los canales de la tele y cuanta cifra pueda uno imaginar. Nada de aquello, sin embargo, puede compararse con la sección destinada a las fechas. Digo sección, pero lo cierto es que las fechas se encontraban dispersas por toda la libreta. Sólo las más antiguas aparecían correctamente ubicadas en un renglón, las demás colgaban de los márgenes o se incrustaban entre líneas, algunas incluso se montaban sobre otra anotación (sin volverla ilegible, desde luego).

Lo notable, lo que llamaba la atención de quienes lo conocían, es que cada fecha correspondía a la muerte de una persona. Junto al nombre del fallecido se veía una crucecita, la fecha del deceso, el cementerio donde estaba enterrado y la ubicación dentro del cementerio. Raúl tenía registrada la partida de sus familiares,

la de sus amigos más queridos y la de algunos conocidos. Carlos Gardel, Lucho Gatica, Gabriela Mistral y otros personajes famosos figuraban también en su obituario. Doce veces al año visitaba una tumba, una por cada signo del zodiaco. Eran días de recogimiento en los que desaparecía de su círculo más cercano.

Anoche murió Raúl. Para sorpresa de todos, en la última página de la libreta se encontraba su nombre, la fecha exacta de su muerte y el número de un nicho del cementerio del pueblo que, según pudimos comprobar, estaba vacío. Se especulaba que un clarividente le había leído el futuro y había acertado en todo, pero ya nadie cree en esas cosas. De hecho, lo del cementerio no tiene nada de misterioso, simplemente Raúl quiso dejar por escrito su deseo de ser enterrado en ese lugar. Y lo de la fecha, bueno, es muy sencillo también, la anotó cuando sintió que estaba a punto de fallecer. Lo que no me puedo explicar es por qué razón en la última página, debajo de Raúl, aparece mi nombre seguido de una fecha: el jueves 16 de noviembre de 2023.